

CALMA TRAS LA TORMENTA

Silencio, amargura, pesadumbre en el ambiente; al final del pasillo, en la penumbra, se encuentra su oscura habitación. Al entrar, se veía su desafortunada figura arrodillada frente a un ventanal bajo mientras dejaba caer su rostro sobre sus amoratados brazos apoyados en el alféizar. Se oía un llanto callado, un dolor tembloroso y se palpaba el olor a vela apagada; y al tiempo que la rosa seca perdía otro pétalo, ella levantó la mirada hacia el cielo. La Luna la estaba mirando taciturna y las estrellas acompañaban la marcha silenciosa. Nubes cenicientas que parecían acechar desde la altura creaban un ambiente lúgubre. La suave brisa otoñal pareció acariciar su sufrido rostro mientras observaba inquieta la Luna, inquieta por un regreso, inquieta por un amor. Mientras otro pétalo seco descubijaba la agonizante rosa, el llanto cesó. Ya no quedaba agua, ya no quedaba sal, ya no quedaban pétalos, tan solo un tallo desnudo, y con espinas, y amparado por el firmamento. Se desvanecía, el tiempo se desvanecía; fue cuando entonces el sosiego de la noche se quebró interrumpido por el tic-tac de ese reloj que había guardado años de silencio.

¡Qué frágil se vio esa lágrima cuando por última vez recorrió su cara y qué duro se volvió el acero al recibir mil golpes!

Jaime Soto Martínez